

# Personajes

DON JUAN, convertido en FRAY JUAN de la Puesta en el Sepulcro,

PADRE MIGUEL, superior del hermano Juan,

DON ALONSO, primo del Padre Miguel,

SGANARELLE, antiguo sirviente de Don Juan.

DOÑA TERESA, mujer de Alonso,

DOÑA ELVIRA, hermana de Don Alonso y antigua amante de Don Juan,

LA VIRGEN DE PIEDRA.

*Un viejo claustro de Salamanca. Forma parte del convento del Carmen, adosado a la iglesia de San Pedro. Por una puerta abierta, en el centro, se puede ver la nave y una parte de los confesionarios alrededor de los cuales, en fila india, durante el primer acto, van y vienen los fieles. Otra puerta se abre a la derecha, la cual da a un patio exterior y después a la calle. A la izquierda, una puerta más modesta que lleva al resto del convento. Una estatua de la Virgen se coloca más o menos en el centro, entre parcelas de hierba amarillenta y flores en macetas, en este mes de febrero. Formado por pequeñas columnas lo suficientemente anchas como para esconder a alguien de perfil, el claustro ofrece un espacio donde se suceden las apariciones y desapariciones.*

*La acción se desarrolla hacia el año 1600, un Miércoles de Ceniza, desde el crepúsculo de la tarde hasta el crepúsculo del alba.*

*En los entreactos, a modo de interludio, se puede cantar este poema de Juan de la Cruz:*

Para venir a lo que no gustas  
has de ir por donde no gustas.  
Para venir a lo que no sabes  
has de ir por donde no sabes.  
Para venir a poseer lo que no posees  
has de ir por donde no posees.  
Para venir a lo que no eres  
has de ir por donde no eres.

# АСТО I



## Escena 1

DON ALONSO, DOÑA TERESA

DON ALONSO. – No.

DOÑA TERESA. – Venga...

DON ALONSO. – No, no diré nada.

DOÑA TERESA. – Amigo mío, Alonso mío...

DON ALONSO. – Más tarde. He prometido decíroslo más tarde.

DOÑA TERESA. – ¡Ahora, os lo ruego! ¿A qué tanta demora? Decídmelo todo ahora, con pocas palabras...

DON ALONSO. – No. Después.

Cuando hayáis salido de ese féretro vertical que nos devuelve a la vida.

Por el momento, concentraos en vuestra conciencia, escuchad su voz, olvidad la de los hombres.

DOÑA TERESA. – Pero me habéis hecho la boca agua con vuestra *cosa*.

Esa *cosa* importante, esa *cosa extraordinaria* que os ha confiado vuestro primo Miguel y de la cual os hace falta —sois vos mismo quien me lo habéis precisado— de la cual os hace falta informarme lo más rápido posible.

“Lo más rápido posible”, ¿no es acaso inmediatamente y sin retraso?

¿A qué atraer tanto la atención para luego callaros?

¿Acaso soy el caniche al que hacéis saltar con un dulce?

¡Os burláis de mí, ciertamente! ¡De lo contrario no habrías transpirado nada de vuestra *cosa*!

DON ALONSO. — Hace un rato, después de mi encuentro con Miguel, habéis visto mi rostro preocupado.

Tenía que tranquilizaros, mas no divulgar nada que pudiera poner os en inquietud.

DOÑA TERESA. — ¡Ya lo estoy, estoy inquieta, ya lo estoy! Es demasiado tarde para mi serenidad. Hablad pues...

¡Ah! ¡Cruel!

DON ALONSO. — Heme aquí, sin embargo, lleno de respeto para con mi frágil y delicada esposa.

Si os anunciare la nueva, tendríais el espíritu demasiado turbado, haríais una mala confesión. ¿Acaso no hemos venido a confesarnos?

DOÑA TERESA. – Mi espíritu ya está suficientemente turbado y si vos no me hacéis saber esta importante noticia quedaré de tal modo que no podré recogerme, ¡y eso será vuestra culpa!

Alonso, por favor... ¡Bah! ¡Os importa un bledo mi delicadeza!

DON ALONSO. – Me preocupo mucho, creedme, sobre todo en este día que marca el comienzo de la Cuaresma.

Un día en que la Santa Iglesia nos manda guardar penitencia y ayuno...

También yo os ayudo a ayunar de vuestro alimento favorito...

DOÑA TERESA. – Dejadme a mí ayudaros a ayunar del vuestro, que es jugar con vuestra esposa.

DON ALONSO. – ¡Cuán baja se agita vuestra atención! Cesad de meteros en chismes, elevaos, pensad en vuestras faltas, pensad que vais a presentaros frente al Juez que perdona a quien ante Él se presenta en

verdad, pensad que de su baño ácido saldréis virgen y lustral como un ángel del cielo.

He aquí vuestra tarea presente, niña mía, he aquí vuestra seria tarea.

El resto bien puede ser dejado para más tarde.

DOÑA TERESA. – ¡Caballero! Ponéis la montura y el freno a vuestro caballo para que piafe en su cuadra, con espuma en los morros, las fosas nasales excitadas por el olor de la llanura en la lejanía, y para acabar, le acusáis de no ser dócil al suplicio, le azotáis por su falta de tranquilidad.

DON ALONSO. – Id, pues, y no tardéis demasiado.

De hecho, no está en vuestros hábitos. Soléis arreglar la cosa bastante rápido, en general.

Habréis vuelto dentro de poco y sabréis toda la historia.

DOÑA TERESA. – ¿Cómo es eso de que yo arreglo la cosa bastante rápido?

Queréis decir que no soy como vos, que podéis quedaros durante horas.

¡Cuántas veces me habéis hecho esperar en el banco mientras que vos...

DON ALONSO. – Os ofrecía tiempo, un precioso tiempo para rezar.

En cuanto a mí... Me hacía falta para bien despiojar mi alma y no dejar al azar el más mínimo recoveco.

DOÑA TERESA. – ¿Creéis, pues, que yo salgo del confesionario toda piojosa? ¿Es eso?

¿Que la gracia me resbala como sobre las plumas de un pato?

DON ALONSO. – No he dicho eso.

La misericordia de Dios es grande. Aunque haga falta acompañarla de nuestros esfuerzos...

DOÑA TERESA. – La misericordia de Dios es grande y yo confío en ella, me sumerjo dentro de la misma a manos juntas y a pies juntos.

Mientras que vos, con vuestros grandes esfuerzos, debéis haceros el interesante antes de lanzaros al agua.

¡Escrupuloso que sois! ¡Decidme, os lo ruego, decidme lo que os ha contado Miguel!

DON ALONSO. – Vos llamáis escrúpulo a lo que no es sino rigor.

Por lo menos, en este día de Miércoles de Ceniza, no olvidéis, al oído del sacerdote, de acusaros de

curiosidad mal situada, y de haber cedido demasiado fácilmente a la irritación... a la cólera también... al espíritu de venganza... a aquello que estáis a punto de replicarme.

DOÑA TERESA. – ¡Sois... ¡Sois...

DON ALONSO. – ¡Calla! ¡Estamos... en un lugar Santo!

DOÑA TERESA. – Estoy tranquila. ¡Sois vos quien me sacáis de quicio!

Estoy segurísima de que, si vos os retrasáis tanto en el tribunal de la penitencia, es porque os golpeáis el *mea culpa* con dos dedos.

¿Qué digo yo golpear? Os lo masajeáis, os lo acariciáis, os lo hala...

DON ALONSO. – ¿Me acarició en el *mea culpa*?

DOÑA TERESA. – En cuanto reconocéis un pecado, estoy segura de que enseguida alegáis las circunstancias atenuantes y la ponéis a mi cuenta:

“Es que, padre, con la mujer que tengo, no es tan fácil, la vida se vuelve más estrecha: ¡una verdadera cuerda floja...”

DON ALONSO. – Amor, os recuerdo que os bur-  
láis de vuestro marido al umbral del confesionario.

Os parecéis a esos musulmanes que, puesto que  
van a ayunar durante el día, encuentran una excusa para  
atiborrarse toda la noche. El Ramadán que lo llaman.

Pero no, sois más bien aquella que, sabiendo  
que pronto va a lavar su vestido, no teme ensuciarlo:  
aprovechad, aprovechad mi querida, pues que se os  
absolverá en pocos minutos.

Y, sin embargo, como dice la canción:

*No es bueno*

*La deuda aumentar*

*Justo antes*

*Que Dios la vaya a perdonar...*

DOÑA TERESA. – Vos lo hacéis mucho mejor.  
Vuestra deuda, no la aumentáis antes, ¡la aumentáis  
durante!

DON ALONSO. – ¿Durante?

DOÑA TERESA. – Sí señor. Abusáis de la sombra  
y del oído indulgente demasiado contento de miraros  
al espejo y de que otro os aliente a ello, os despiojáis,  
como vos decís, os unguís los cabellos, os quejáis de  
vos mismo, de los demás, y después de vuestra espo-

sa, ¡vuestra esposa, a quien estáis haciendo arder de impaciencia ahora mismo!

Alonso, Alonso querido, contadme la *cosa* y os consideraré inocente, habréis saldado todas vuestras deudas conmigo.

DON ALONSO. – Lástima... El sitio queda libre. Marchad pues, y haced buen uso de los últimos instantes de silencio que os quedan, que el sacramento os devuelva a mí más pura y más sumisa.

DOÑA TERESA. – Sumisa, sí, para con Dios, eso sí, a través de un esposo lleno de orgullo, cada vez más insoportable.

DON ALONSO. – Sois bella, andaluza mía, cuando os enfadéis conmigo.

Mas partid, si queréis saber lo más pronto posible la nueva de nuestro primo Miguel...

*Desaparece Doña Teresa, yendo hacia el confesionario.*